



AHORA O NUNCA

EN mi parecer la apertura no es una fractura de la estructura. Quizá esto sea una herejía, pero ya se sabe que los herejes son caídos en el campo del honor. Tostar es acercarse, y pensar también. Yo pienso (esa es mi esperanza) y llego a la conclusión de que la apertura no es un fácil y mágico «Sésamo, ábrete», sino un proceso, más bien. Primero hay que atravesar el desierto perseguidos por el Faraón. Y menos mal si se levantan las aguas del Mar Rojo (¡qué nombre más inoportuno!), lo cual no sucede normalmente. Una y no más, Santo Tomás. Lo corriente es que el Mar Rojo haya que pasarlo a nado y guardando la ropa. En fin, una paliza. Ya estamos en el desierto, como aquel que dice. Entonces comienza lo que los clásicos llamamos el éxodo, que no es otra cosa que el consabido proceso. En estos casos hace falta un indomable instinto procesional, más que procesal, y luego paciencia y buenos alimentos. Luego se llega o no se llega. Moisés llegó. Ahora bien, ¿cuántos años tenía

Moisés cuando logró ver, desde un montículo, la tierra prometida? Pues unos cuatrocientos. Como era de esperar, murió de un infarto, ya que las impresiones fuertes, a cierta edad, son fatales. A los que eran más jóvenes que él no les importaba mucho la tierra prometida, porque ellos habían nacido en pleno proceso, no sabían quién era el Faraón, lo de Egipto les sonaba a broma. Moisés era quien merecía aquella especie de apertura,

pero murió, el pobre. Era en invierno. Una apertura como aquella hubiera hecho innecesario el infarto. De todas las maneras habría muerto de pulmonía. Y esto es exactamente lo que yo quiero evitar. No es que yo tenga cuatrocientos años, pero uno se va haciendo viejo y la tierra prometida no aparece por ninguna parte. Si hay algo que yo respete en esta vida son los procesos, oiga, se lo juro. A mí es que me dan un proceso y me ponen en casa. Pero es que éste de ahora resulta muy largo. A mí también me gustan los procesos largos, no digo que no. Pero es que éste, mire, mire, se curva, como el infinito, como las pescadillas, y se muerde la cola. Y yo ya me voy haciendo viejo. Yo quiero la tierra prometida para algo más que para que me entierren en ella. La quiero para beber vino, para tocar la flauta y abrazar a las muchachas. Yo no quiero la tierra prometida para mi momia. Es un capricho.

LICANTROPO

